

MEMORIA DEL MAESTRO VICENS BOU

Por PEDRO CASTELLS

La sardana —nuestra bella danza de simbólica remembranza helénica— acaba de perder a una de sus figuras más populares y apreciadas: el maestro Vicens Bou. El óbito del famoso compositor, acaecido en su villa natal de Torroella de Montgrí en el atardecer del día de Reyes, conmocionó a todo el ámbito de nuestra tierra llevada la triste noticia por los eficaces mensajeros modernos de la radio y la prensa. ¡Vicens Bou ha muerto! El viejo artista ampurdanés, el creador de sardanas de melodía inolvidable, ha enmudecido para siempre en su humilde y tranquilo remanso de su entrañable Torroella de Montgrí, la «Vila Vella» de la antañona corranda popular —cuna de la sardana— donde las piedras cuajadas de historia se conjugan con los delicados frutos de la huerta ubérrima hija del Ter. Todo un capítulo de romántica condición, la estampa gallarda de una época musical dominada por una bohemia exultante constituida —como dice nuestro gran poeta Fages de Climent— «por verdaderos *mestres cantaires* pantagruélicos y hedonistas, errabundos de alpargata y tartana y clavel en el ojal», se nos ha ido también para siempre con el viejo cantor de vida tumultuosa. Y nos parece que en homenaje emotivo, tenora y tiple, «flabiol» y tamboril, enmudecen absortos ante los despojos mortales del artista que les hizo cantar las jubilosas y arrobadoras melodías que enardecieron la sensibilidad anímica de todo un pueblo.



El maestro Vicens Bou en pleno éxito popular cuando el estreno de la sardana «El saltiró de la cardina».

Nacido en el corazón del Ampurdán, en la villa de Torroella de Montgrí, el 19 de enero de 1885, Vicens Bou llevaba en la sangre el influjo de su vocación musical por gracia de su ascendencia familiar: su padre, Ginés Bou, era un viejo músico de la localidad, así como sus tíos, de parte materna, Francisco, José y Ginés Geli, todos ellos músicos modestos —de aquella sufrida condición propia de los profesionales de la época— componentes de la vieja cobla de Torroella «La Lira», una de las más antiguas de Cataluña, en la que figurava también José Pardas, hijo del famoso y legendario «dansaïre» ampurdanés Miguel Pardas, amigo y colaborador de Pep Ventura —según autorizados investigadores— en la creación de la sardana actual, «la sardana llarga». Vicens Bou ingresó en la cobla a

los 16 años, con el bozo incipiente asomando a sus mejillas, iniciando precozmente lo que había de ser una vida artística trascendental. En breve se le abren las puertas de la otra cobla de Torroella — la famosa cobla «Els Montgrins» — dirigida en aquella época por la enérgica voluntad y capacidad artística de su fundador el maestro Pedro Rígau, figura relevante de la historia de la sardana, y así vemos a Vicens Bou en el interesante documento gráfico que reproducimos en estas mismas páginas, con porte arrogante, con el instrumento a él encomendado, el trombón, en sus manos juveniles. En 1909, muere el maestro Pedro Rígau, y el joven músico Vicens Bou pasa a ocupar el alto sitio de director — difícil y honrosa herencia — inducidos a buen seguro sus compañeros al otorgarle el cargo por la convincente visión de una personalidad vigorosa, de gran vitalidad, en constante progresión artística. Vicens Bou compone un buen día su primera sardana. Lo comunica a su madre y ella la bautiza con un nombre que es un acierto por su significación: «Esperança». En este simple nombre se condensa todo el anhelo del joven compositor: «esperariza» de triunfar, de conquistar la fama...

Y el éxito no se hace aguardar e irrumpe esplendoroso con sus sucesivas sardanas: «Cants de Maig», «Angelina», «Girona aimada», «Llevantina», «El saltiró de la cardina»...



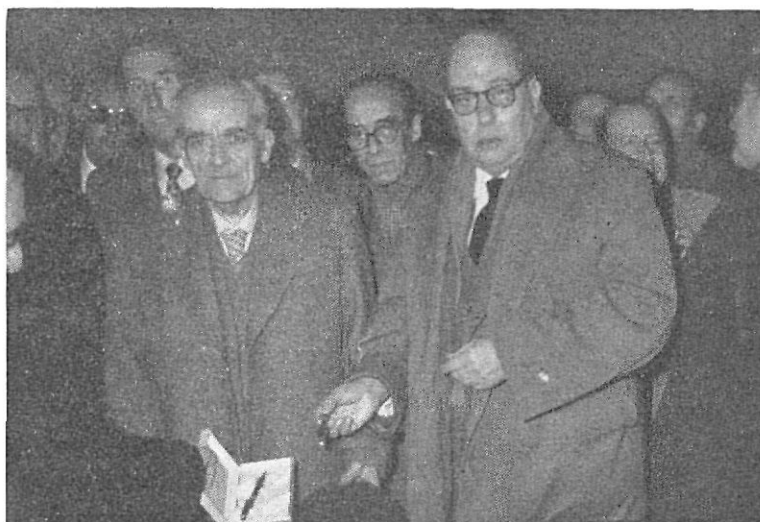
«Els Montgrins» a principio de siglo con su director Pedro Rígau y el joven músico Vicens Bou trombón de la cobla (x).

Con ello el nombre del maestro Vicens Bou alcanza una fama vertiginosa, las multitudes — sensibles a sus inspiradas melodías — se le entregan con entusiasmo seducidas por la sencillez y la rotundidad de sus originales cantos. La moda de la época, con el auge en los tablados del cuplé, hace que estas sardanas, revestidas con unos versos convencionales, sean cantadas hasta adquirir una prodigalidad interpretativa obsesionante; todo el mundo canta «Una donzella de la Costa de Lle-

vant...» y «Pageseta moreneta, vull cantar-te una cançó...» extendiendo su difusión hasta llegar, volando por sobre las fronteras, a sonar triunfales en París y Buenos Aires.

No obstante, no todo son flores y campanas de gloria en el camino artístico del cantor ampurdanés; surgen los detractores, los rigurosos dogmáticos embuídos de un rígido concepto estético que impugnan su obra y la califican de faltada técnica musical y de pureza de estilo. «¡Lo mismo le ocurrió a Pep Ventura! — afirma el prestigioso periodista Sempronio. También al autor del «Toc d'oració» se le achaca una técnica rudimentaria, una cultura musical elementalísima. Pero, no importa. Por la tenora de Pep Ventura hablaba la tierra y de los mismos vientos se nutría la inspiración de Vicens Bou. Con su música — según confesión del propio autor, seguramente admirado del éxito alcanzado — no intenta asombrar a nadie; no componía sus sardanas con la equívoca intención de alagar los primarios conocimientos musicales de las masas, sino que su inspiración obedecía a un puro instinto intuitivo. Vicens Bou no era un técnico, ni un maestro de armonía y com-

posición; era tan solo un modesto músico ampurdanés que sentía en su interior el vivo y airoso acorde de unas melodías de nítida pureza y bella simplicidad que plasmaba en el pentágrama con la sincera y espontánea expresión propia de los hombres de nuestra tierra. Sin ánimo de avivar el rescoldo de la vieja polémica, lo que sí nadie podrá discutir al popular compositor de Torroella es el mérito excepcional de haber contribuido a difundir de manera extraordinaria el conocimiento de la gracia y belleza de nuestra danza, hasta límites insospechados. Dos simples ejemplos pueden servir para demostración de ello: Unos misioneros españoles escriben al viejo maestro Vicens Bou desde las exóticas tierras de la India, solicitando sus sardanas que han de llevarles el eco lejano y entrañable de la tierra natal.



El maestro Vicens Bou recibe la cordial felicitación de las autoridades de su villa natal en el homenaje popular que le fue dispensado al cumplir su 75 aniversario. Foto Montaner.

Un emigrante en América —hombre recio, de carácter hermético y en apariencia insensible a descubrir sus reacciones sentimentales— confesaba que asistiendo a un espectáculo folklórico español en aquellas lejanas tierras al ser interpretada una sardana del maestro Bou su emoción fue tan intensa, que sintió sacudido todo su ser y en sus ojos el asomo de unas lágrimas incontenibles... En su imaginación vió claramente, como un rebrotar de su añorada mocedad, la imagen inconfundible del pueblo donde nació, el marco de una vieja plaza de amplios soportales, con los anillos humanos danzando con grácil donaire —manos enlazadas y oscilantes, preciso compás en los piés— bajo el cielo claro y terso, luminoso y diáfano del Ampurdán.

En la postrera etapa de su vida, el maestro Vicens Bou saboreó plenamente la gloria del triunfo y del fervor popular. De todos los confines de nuestra tierra le llegaban los actos de homenaje y las muestras de afecto de los devotos admiradores de su obra. Y la muerte vino silenciosa, inexorable, llevándose para siempre la presencia corporal del celebrado autor. Más nos conforta recordar la sentencia clásica que reza: Dichoso aquel que cuando la muerte venga no le quítare sino la vida solamente. Así, quebrado el frágil soporte físico, el maestro Vicens Bou nos deja —poeta generoso— el legado inmortal de sus inolvidables sardanas.



La típica Plaza de la villa de Torroella de Montgrí durante el gran homenaje tributado al maestro Vicens Bou. Foto Montaner.